

na 14), dice en otro pasaje: "Podía suceder también que Barradas recibiese 5 ó 6,000 hombres de refuerzo, que unidos á los existentes en Tampico, y apoyado por una escuadra numerosa que dominara el río, con lanchas cañoneras, permaneciera dos, tres ó más años como Rodil en el Callao. Para atacar á los españoles en el caso supuesto, hubiera sido preciso emplear 25,000 hombres (un 25% más de los que arriba se calcula que pudo movilizar Guerrero en cincuenta días) por lo menos, con todos los recursos competentes para tan difícil obra. *Arreglar una expedición de esa naturaleza, no le hubiera sido posible al Gobierno hacerlo ni en un año.*" (página 66.)

La actitud triunfal del ejército invasor.

"El brigadier Barradas no fué derrotado por los mexicanos en ninguna acción de guerra grande, mediana ó pequeña." Desembarcó, según el Sr. Bulnes, con 2,700 hombres. Algunos contemporáneos dan la cifra de 3,500. Se eleva á 4,000 sólo por la *irremediable ignorancia* de algunos autores de compendios. El Sr. Bulnes no fija la procedencia de sus datos: los aceptamos, provisionalmente, pues debe de haberlos discutido quien tan difícilmente admite datos ajenos sin discutirlos. Desde que desembarcó (27 de Julio), hasta el 9 de Agosto, la fuerza española sólo tuvo dos encuentros insignificantes: el primero fué el de 31 de Agosto. Habiendo atacado á la columna expedicionaria una batería emboscada en la ribera del río¹ (que Zamacois transforma en playa del Golfo), media compañía de cazadores (según la narración del mismo Zamacois), obligó á rendirse á la fuerza de 50 hombres que había en el reducto, y se apoderó de las piezas. El Sr. Bulnes reprocha al jefe D. Felipe de la Garza que no hubiera protegido esas piezas, ó que no las hubiera inutilizado, arrojándolas al río, si lo primero era imposible. Siguió á ésta la acción de los *Corchos*, en la que 1,000 españoles, á las órdenes del comandante Falomir, derrotaron, según Zamacois, á una fuerza mandada por D. Andrés Ruiz de Esparza y D. Juan Cortina, ha-

¹ El Sr. Bulnes, que rechaza con indignación las inexactitudes de los autores de compendios y que toma al pie de la letra las figuras retóricas más anodinas, para acusar de monstruosas *las fufurronadas de nuestra llamada historia*, incorpora en su libro (pág. 21), fragmentos de Zamacois, sobre el primer encuentro entre españoles y mexicanos, y los comenta sabiamente aceptando todos los hechos circunstanciales que refiere, sin desconfiar de un autor jactancioso y aun ignorante que comienza así el citado fragmento: «el primer batallón había pasado por enfrente de un sitio mucho más frontoso que los demás, distante cien pasos de la playa,» refiriéndose á la del Golfo.

ciéndole 97 muertos, 132 heridos y 180 prisioneros. El Sr. Bulnes, partiendo de las bajas nuestras de que habla Zamacois, dice: «Si la mayor parte de los mexicanos eran cívicos, éstos, cuando se portan muy bien, casi como héroes, aguantan perder cinco por ciento de su efectivo: luego, según las bajas, *debía haber* en los *Corchos* 4,000 mexicanos; y si admitimos bajas de diez por ciento que ya corresponden á buena tropa, el número de mexicanos debía haber sido 2,000.—No cabe duda que la jactancia española hizo que Barradas diera á su triunfo de los *Corchos*, una importancia que no pudo haber tenido. *Jamás!* entiéndase bien: *jamás* á un coronel se le ha confiado en México el mando de 2,000 hombres, menos el de 4,000. En 1829 un coronel mandaba á lo más 400 hombres. Cuando en 1829 había reunidos 2,000 hombres, había á su frente por lo menos dos generales de brigada. Basta que Barradas confiese que la fuerza mexicana estaba mandada por un simple coronel, probablemente de *cívicos*, para que deba considerarse imposible que ésta en los *Corchos* pasase de 500 hombres.» El razonamiento, como tal, es muy bueno; pero jamás el razonamiento basta para agotar una averiguación, ni mucho menos una investigación histórica, que no es la controversia de dos partes en la que una ú otra debe obtener el triunfo, sino que se resuelve en impalpables partículas de verdad. En primer lugar, el que ignoremos que en otra ocasión haya mandado un coronel á 2,000 hombres, no prueba que en los *Corchos* así hubiera sido; en segundo lugar, la versión de Barradas que cita el Sr. Bulnes no contiene confesión de aquél, conviniendo en que la fuerza mexicana estaba á las órdenes de *un simple coronel*, pues dice: «Los principales jefes que iban á la cabeza de estas tropas eran D. Juan Cortina y D. Andrés Ruiz de Esparza, y D. Juan Cortina, aun sin ser coronel como el otro, pudo haber tenido más gente á sus órdenes. La exageración con que la jactancia española multiplicó el número de bajas causadas á los nuestros, sin necesidad de cálculos teóricos, resulta probada simplemente y de una manera indudable de la ausencia de estas cuatro líneas en las narraciones contemporáneas: «En los *Corchos* fueron pocos los nuestros y se batieron como leones, contra una fuerza superior que los aniquiló, tomando prisioneros á los que no quedaron en el campo.» A nosotros; es decir, á nuestros autores, tocaba á su vez jactarse de una derrota gloriosa. No lo hicieron, pues hablaron de ella en términos que no acusan grande entusiasmo, ni siquiera conformidad de pareceres. En resumen: del 27 de Julio al 9 de Agosto,

no encontró Barradas obstáculo serio. Ni el 31 de Julio, ni el 9 de Agosto hubo acción formal. ¿Los mexicanos que se batieron en los *Corchos* eran siquiera tropas en estado de rudimentaria organización, fuera de los pocos soldados y cazadores del batallón de Pueblo Viejo que allí había? Aun no se medían los soldados españoles con las tropas de México y la actitud triunfal de los primeros era negativa. Si se apoderaron del *segundo puerto* de México, no fué por culpa del Gobierno ni de nuestros soldados. ¿Sería tal vez por culpa del jefe de las armas en Tamaulipas? ¿Con qué fuerzas y elementos contaba el General D. Felipe de la Garza, Comandante Militar de los Estados internos de Oriente, cuando amenazaba la invasión española? El Sr. Bulnes no trata este punto directamente y sólo consigna lo que cita de Suárez Navarro sobre el particular: «Desempeñaba (Garza) las funciones de Comandante General de los Estados internos de Oriente, y con tal investidura pudo haber hecho mucho oportunamente: *nada hizo.*»¹

La fabulosa acción de Pueblo Viejo.—El Sr. Bulnes conviene en que no llegaba á cinco mil hombres la fuerza que el general Don Felipe de la Garza rindió en Pueblo Viejo. No hay duda en que Garza fué prisionero de los españoles, y en que él mismo se entregó á ellos. Fué sorprendido y atacado durante un reconocimiento que practicaba, probablemente por indicación si no por orden del general Terán. Entró en pláticas con el enemigo y puesto en libertad por Barradas pasó al campo del general Santa-Anna (no sabemos cuánto tiempo después), quien lo despojó de toda autoridad. ¿Qué pasó entre Barradas y Garza, y por qué se le restituyó su libertad? ¿Fué bajo su palabra de honor y comprometiéndose á no tomar las armas contra los españoles? La conducta de Garza no se ha aclarado, porque Santa-Anna no lo sujetó á un consejo de guerra: informó contra él, y no se sabe, dice Zavala, *si Garza fué un traidor ó un cobarde y vil mexicano.* «Tocaba, pues, á nues-

¹ ¿En dónde se verificó la acción de 31 de Julio? ¿en un lugar frondoso á cien pasos de la playa del Golfo, ó en la ribera del río? ¿Hubo siquiera tal acción con las circunstancias descritas? ¿En dónde está el Paso de los *Corchos*? ¿En el camino de Tampico á Victoria ó en otro lugar? ¿Ocurrió esta acción antes de la llegada de Barradas á Tampico? Con textos que difieren y sin otros datos suficientes para construir una narración, ésta es imposible. Y aunque el autor no se impone la tarea de narrar sino la de demostrar, no lo consigue sin el auxiliar de documentos armonizados en una narración cierta. Por el contrario, todo queda flotante y vago, en las primeras páginas del libro. Vaya un ejemplo más: «Barradas, al desembarcar en Cabo Rojo, se encontró con milicias que formaban masas cobardes, como todas las masas que no son soldados.» ¿Cuáles eran esas masas cobardes? Treinta hombres que no estaban obligados á resistir á un cuerpo que pasaba de 2,500 soldados. (V. Rivera, *Historia de Jalapa.*) No cita el Sr. Bulnes documento ninguno según el cual pueda asegurarse que había en Cabo Rojo *masas cobardes.*

tros historiadores haber aclarado ese misterio,—concluye el Sr. Bulnes,—y decirnos lo que realmente hizo Garza.» Por mi parte creo que sin documentos ningún historiador puede aclarar misterios. Si el gobierno calló, ¿cómo adivinar su secreto? Lo que no hace el Sr. Bulnes, tampoco pudieron hacerlo otros historiadores. Les reprocha también que no hayan desmentido á Zamacois vocero de Barradas, en su narración de lo ocurrido en Pueblo Viejo. Según ésta, el General D. Felipe de la Garza, con una división respetable, trató de rodear á los españoles, y al efecto situó sus fuerzas en distintos puntos. Barradas, oído el parecer del jefe del Estado Mayor D. Fulgencio Salas, salió contra el jefe mexicano, con 2,000 hombres. Los que llevaba Garza eran 5,000, en su mayoría milicianos. Barradas dividió su fuerza en dos secciones, y ordenó que por el centro marchara una compañía de cazadores en guerrilla. Esta rompió el fuego y como no se veían las dos secciones, las tropas de Garza, engañadas sobre la fuerza numérica del enemigo, se lanzaron á paso de carga. La guerrilla se retiró, dando lugar á que la sección de la izquierda presentase batalla á los mexicanos, mientras la otra ocupaba la retaguardia de éstos. *La "operación se verificó en la calle Real de Pueblo Viejo. Viéndose las fuerzas de Garza atacadas por tres puntos diferentes, á la voz de: ¡Viva el Rey! se hallaron sin poder moverse, en medio de la expresada calle Real, entre los dos batallones expedicionarios."*¹ Al quedar rodeado de enemigos, Garza se dió por prisionero de guerra con sus 5,000 hombres, y el jefe español lo puso en libertad. ¿Bajo palabra de honor como se ha dicho? La entrega de Garza *con toda su división* no me parece inverosímil: lo que no está probado, y así lo dice el Sr. Bulnes, es que llegasen á 5,000 hombres las fuerzas rendidas cobardemente. Bien pudo ser—y ésto armoniza la versión de Zamacois y la de nuestros autores, descartando la exageración de la cifra contenida en aquélla—que Garza fuera cogido con una corta fuerza y que por miedo ó torpeza entregara todas las que tenía á su mando. La acción de Garza fué oro coronario para Barradas, que venía á recibir la adhesión del pueblo mexicano á su rey y señor, y que se propuso siempre deslumbrarlo con actos de generosidad. Pronto iba á desengañarse de las ventajas que soñó alcanzar con la fácil captura del inepto Garza. Así, pues, los datos ciertos que tenemos, no autorizan la afirmación de que obtuviera el enemigo, en Pueblo Viejo, el triunfo de que habla Zama-

¹ Zamacois, *Historia de México*, tomo XI, págs. 750 y 751.

cois. No en la calle Real de Pueblo Viejo, en toda aquella zona ¿había á la sazón 5,000 hombres en actitud bélica contra los españoles? Jamás ha corrido otra mentira histórica sobre este punto, que la narración esplandianesca de Zamacois, y si "nuestros historiadores educativos omiten hablar de este hecho de armas altamente vergonzoso para Garza y sus fuerzas," su conducta es loable, pues no podrían honradamente hablar de un *hecho de armas* no comprobado. La censura es justa si se refiere sólo al hecho indudable: Garza fué prisionero de los españoles. Por lo demás, no incumbe á los historiadores educativos probar que miente Barradas. El historiador que investiga tampoco debe encerrarse en el triste papel de desmentir á los testigos mendaces. Su obra es más alta; debe formar de todas las narraciones, de todos los documentos, un conjunto probable. Este trabajo, por sí solo, con la frialdad de la razón desmiente á Barradas y lo priva de esta nueva victoria sobre un ejército ausente.

La acción del Chocolate.—Según la versión española, D. Fulgencio Salas derrotó con cerca de mil hombres al Brigadier Rojas quien se retiró "dejando sobre el campo 82 muertos, 22 heridos y 133 prisioneros, que como de costumbre fueron puestos en libertad por Barradas." No hay versión mexicana sobre esta derrota nuestra que es un punto por esclarecer. El autor de los apuntes de que se sirve Zamacois, ascendió á brigadier para hacerlo fugar en la escaramuza del *Chocolate*, al capitán del 9º D. Anastasio Rojas ó al teniente coronel Anastasio Rojas.

La acción de Doña Cecilia.—Refiere Zamacois que D. Luis Vázquez, jefe español, con mil doscientos hombres, derrotó el 13 de Agosto á los mexicanos que resistieron con notable denuedo, pero que al fin cedieron el campo á la ventaja de la disciplina española, dejando 29 muertos, 57 heridos y 340 prisioneros que fueron puestos en libertad. No hay versión mexicana, y queda también este punto por esclarecer en el libro del Sr. Bulnes.

*Las acciones llamadas de Villerías y el abandono de Altamira.*¹—El día 16 de Agosto solió Barradas de Tampico para atacar á Garza en Altamira (á 28 ó 30 kilómetros del puerto). Terán había construído en el camino dos reductos que fueron tomados á viva fuerza por Barradas: avanzó éste y ocupó Altamira que abandonó Garza

¹ Debe advertirse que Altamira y Villerías son una sola población, con dos nombres, usados indistintamente por algunos autores que tratan de la invasión. Sin esta explicación se confunde el lector que quiera darse cuenta de los hechos, sirviéndose sólo de los textos citados por el Sr. Bulnes.

después de una débil resistencia. Esta es la versión de Barradas. La de Suárez Navarro, más circunstanciada, dice que viéndose Terán en peligro de que el brigadier Barradas volteara su primer parapeto, ocupó el segundo que estaba á 6 kilómetros del anterior, y que tuvo que abandonar éste también por orden expresa de Garza, quien por su parte desocupó Altamira. Otra versión mexicana, (de Zavala) dice que Garza y Terán tenían en aquellos lugares escasas fuerzas indisciplinadas y no fogueadas, y que estaban en espera de refuerzos que debían llegar de San Luis y otros puntos. Haya sido por cobardía ú otro móvil vergonzoso de Garza ó bien por falta de fuerzas competentes en Altamira, el hecho es que el abandono de estos puntos no justifica la apreciación del Sr. Bulnes: «La columna de Barradas constaba de 1400 hombres y Terán y Garza unidos tenían por lo menos mil y estaban fortificados. Poco honor causa esta defensa á su autor ó autores.» No sabiendo si Terán abandonó el segundo reducto *motu proprio*, ó por orden de Garza que era su jefe, y en el primer caso si contaba con una fuerza no del todo desorganizada y desmoralizada, ninguna apreciación podemos hacer sobre su conducta, y hay que suponerla digna de un militar valeroso y entendido como lo fué siempre. En cuanto á Garza, que después fué ignominiosamente destituido de su empleo de comandante general de los Estados internos de Oriente, tampoco sabemos si lo que hizo fué evitar la inmolación inútil de Terán y su gente, aunque su conducta en otras ocasiones haya sido la de un inepto intrigante y cobarde.

Ocho testimonios originales.—Todo lo anterior indica que los elementos allegados por el Sr. Bulnes sólo tienen un valor negativo; establecer indiscutiblemente la falsedad de los apuntes que sirven de base á Zamacois. Ahora bien, como nadie puede tomar en serio á este autor que sin crítica ni la más vulgar sensatez, copia lo que tiene á mano, sea lo que fuere, y como una investigación dedicada sólo á rectificar las especies anodinas de Zamacois, carecería de objeto, hubiera sido encomiable en el Sr. Bulnes, no limitarse á señalar lagunas, sino llenarlas de sólida erudición. Consultar los archivos, abrir los legajos en que constan los testimonios de los prisioneros españoles, buscar las correspondencias oficiales y privadas, compulsar los partes rendidos durante la campaña, es un trabajo que aun está por hacerse, y cuyo resultado será fijar, una á una, las jornadas de la división expedicionaria, desde que

desembarcó en Cabo Rojo hasta el 21 de Agosto. Entretanto, no podemos prescindir de hacer una rápida y somera referencia á los documentos originales más interesantes, para dar á conocer en su conjunto, la situación general del país ante la invasión durante los últimos días de Julio y los primeros de Agosto. Estos documentos nos dicen cuán culpable fué en su descuido y desconcierto el Gral. Garza. Si no tenía los medios necesarios para una resistencia militar enérgica, pudo, en cambio, salvar el armamento y municiones que cayeron en poder del enemigo, y trazar algún plan de defensa, activando, entretanto, la organización de sus escasas tropas. También resulta de todos estos testimonios la flaqueza de Barradas y el cambio súbito que sufrió la situación, primero con la llegada de Mier y Terán, cuya sola presencia fué ya un principio de aliento y esperanza, y luego con la combinación feliz que pudo formarse cuando la impetuosa actividad de Santa-Anna se alió á los conocimientos militares de aquel jefe:

A las tres de esta mañana tuve aviso de que el enemigo que se hallaba ya situado en Pueblo Viejo, marchaba por la margen del río del lado opuesto en número de 1,000 hombres. A las cinco volví á tenerlo de que ejecutaba igual marcha con 1,500 por la playa, y por fin, á las nueve se me aseguró que lo hacía por el Paso de los Corchos en número de 900 á 1,000 hombres. Con tales avisos, no dudé que se dirigían al fortín de la Barra en el Estado de Veracruz: en efecto, á las doce del día un bergantín de la escuadra tiró sobre el expresado fortín dos tiros de cañón á bala rasa, y éste le contestó con otros tantos. A muy pocos momentos se asomaron por los tres rumbos citados las fuerzas ya dichas en más ó menos número, desplegando todas ellas una guerrilla sobre el baluarte, y éste hizo de su tropa la retirada que de antemano le tenía yo prevenida, clavando la batería é incendiando la corta población de aquel sitio. Esto fué ejecutado con la violencia que exigía la aproximación de los enemigos, pues siendo el número de éstos de 3,000 y tantos, y el de los que resistían, de sólo 50, se vieron así precisados á la ya dicha retirada, la que me fué imposible evitar, pues sólo cuento con la fuerza que indiqué á V. E. en mi anterior parte, y que si se hubieran sostenido, no sólo me hubiera visto destrozado, sino también comprometido á abandonar ambos puntos. Por fin el enemigo á la una de este día ha tomado posesión del fortín de la Barra de Pueblo Viejo, enarbolando en él el pabellón español. Yo permanezco en este punto (Barra de

Tampico de Tamaulipas) á donde he extraído los pertrechos, utensilios y demás rezagos del ya perdido, y me sostendré hasta tanto la escuadra enemiga no me desaloje, pues es un terreno raso absolutamente, é incapaz tal vez de fortificarse por sus muchas avenidas, contemplándome también hostilizado por el baluarte que poseen los enemigos, pues éstos pueden ofenderme con su artillería y yo no á ellos, porque no la tengo disponible, pues sólo cuento con tres piezas de plaza, con las que protegeré mi retirada en el caso más fortuito. Hoy se me ha reunido á las dos de la tarde el coronel del ejército teniente coronel del 9º Regimiento D. José María Arleguí con 180 hombres de su Regimiento, y por momentos espero lo haga el Sr. Gral. D. Felipe de la Garza. No me es posible tomar la más pequeña providencia para hostilizar al enemigo, pues las circunstancias tan sólo me tienen reducido á observarlo.—Suplico á V. E. se digne darme una fuerza capaz de resistir á las enemigas, pues de lo contrario me veré precisado á ir abandonando puntos y perdiendo fuerzas. No desatienda V. E. mis súplicas, porque los enemigos auxiliados de otros interiores (españoles en su mayor parte) toman á cada momento recursos y terreno . . . Barra de Tampico, del lado de Tamaulipas, Agosto 4 de 1829.—*Mariano Palacios.*

Los partes que he recibido me han hecho conocer que el enemigo ha conseguido algunas ventajas sobre las fuerzas que se reunieron de la *milicia activa y cívicos* de la 4ª sección, ni podía ser de otro modo cuando la imprudencia de los jefes que las mandaban las comprometieron inesperadamente, de resultas de lo cual se han posesionado del fortín de la Barra de Tampico, de Pueblo Viejo y de la ciudad de Tamaulipas. El Gral. D. Felipe de la Garza tuvo que abandonar aquellos puntos después de haber sufrido alguna pérdida, *pues la fuerza que tenía era muy inferior á las del enemigo.*—Túxpam, Agosto 11 de 1829.—*Antonio López de Santa-Anna.*

Después de cuanto manifesté á V. E. en mi oficio de 11 del actual, por extraordinario y combinando las diferentes noticias que me han dado, se debe deducir que han variado los enemigos de ideas, y creo que tratan de fortificarse solamente en ciudad Tampico, á donde dicen que han salido de la Barra las piezas de grueso calibre y las tres violentas que allí tomaron, dejando en la referida Barra un destacamento de este lado, y habiendo introducido á ella dos de sus embarcaciones, que en mi concepto son un

bergantín y una goleta de guerra, estando fondeados cerca del puerto ocho buques más de la escuadra.—De noche pasan un grupo de ochocientos hombres á Pueblo Viejo, y me figuro que será con el objeto de sostener su destacamento que tienen en Tampico el Alto fortificado, custodiando algunos heridos que tuvieron en la acción de los *Corchos*.—Desde Tuxpam con fecha 11 me dice el Exmo. ciudadano General Antonio López de Santa Anna, que venía con una división respetable sobre Tampico, ya noche le he contestado dándole cuenta de mis observaciones, posición y fuerza para que se sirva dar sus disposiciones como General en jefe nombrado por la superioridad. . . . Al ciudadano General Velázquez, que me escribió de Zacualtipam, con fecha 9, también le he contestado que active su marcha cuanto le sea dable, pues estoy con la idea de que el enemigo espera (refuerzos) . . . Permanezco en esta ciudad esperando las disposiciones del Exmo. General en Jefe de la fuerza que consta en el adjunto estado (9,000 hombres según el Boletín Oficial número 12, cifra inadmisible publicada para alentar al público) Habiendo llegado ya las tres piezas del cañón de á 4 que estaba esperando de Soto la Marina, aunque un poco escasas de municiones, como lo está en lo general la división, con cuyo motivo he pedido al señor General Valdivielso que traiga de San Luis todas cuantas pueda (para reponer las que había dejado caer en manos del enemigo el mismo Garza), y lo mismo he encargado á aquel comandante general Mis avanzadas están situadas muy inmediatas al enemigo, observándole constantemente en todas partes, mas son de poco número y no puedo acercarme yo, ni aumentarlas porque el bosque que media es impenetrable, y no hay agua, ni pastos, ni proporciona capacidad por parte alguna para que puedan desplegar ocho hombres de frente. Sin embargo, comenzaré á hostilizarlo en cuanto sea posible, no habiéndolo hecho hasta ahora, porque no se separa de los puntos que ocupa, partida ó avanzada alguna, y porque me ha sido preciso organizar la división y dar un poco de instrucción á la milicia cívica.—Villerías, 15 de Agosto de 1829, á las nueve de la noche.—*Felipe de la Garza*.

Hoy han hecho los enemigos una salida de Tampico, sin duda con bastante fuerza de infantería, dos ó tres piezas de cañón y unos cuantos de caballería, tomando el camino que le dicen del Limonar y conduce á esta ciudad. Mis avanzadas de caballería los sintieron por sus espías, y casi todo el día han venido tiroteándolos sin po-

derles presentar más que dos ó tres hombres de frente en dicho camino, tan estrecho y boscoso; pero han avanzado hasta dos leguas de aquí, cerca de una laguna de agua, y en un paraje donde hace el monte una pequeña abra ó llanito.—Un poco más acá, donde vuelve á estrechar el camino, por dirección del Exmo. ciudadano General Manuel Mier y Terán, que llegó ayer á esta ciudad, se están construyendo unos parapetos de trecho en trecho para colocar una pieza volante de cañón y alguna infantería, con el fin de hacer al enemigo más costoso el paso si pretendiere continuarlo.—Estoy con el resto de la división sobre las armas, en la idea de que si salen al llano los enemigos, batirlos, persuadido de que lograré ventajas.—Villerías, 16 de Agosto de 1829, (á las ocho de la noche).—*Felipe de la Garza*.

El enemigo ha salido de su trinchera y no es difícil tome á Altamira, y quiera situarse en la hacienda del Cojo por su buen temperamento y abundancia de víveres: si lo logra, sacaremos ventaja, porque se le puede cortar la retirada y acabará pronto.—San Luis Potosí, Agosto 29 de 1829.—*Vicente Romero*.

. los enemigos continuaron avanzando la noche del 16 del actual y en la mañana del 17, abriendo veredas por el bosque, de uno y otro lado del camino de ciudad Tampico á Villerías, hasta las nueve y media de ella que se rompió el fuego, y duró cosa de media hora, bastante sostenido por ambas partes en el primer parapeto que se les había puesto sobre dicho camino, por la dirección y trabajo de dicho ciudadano (Mier y Terán), sin los instrumentos necesarios y casi por las manos de la tropa, que ni rancho había tomado en veinticuatro horas, después de la enorme fatiga de la noche y la que se batió en el día, á las órdenes del expresado general, quien me manifestó que dicha tropa no podía resistir y estaba abandonándolo en el segundo parapeto, después de haber dejado el primero sin desorden, y en tal virtud, le mandé decir cerca de las dos de la tarde, que se sirviese retirar con toda la infantería, y una pieza que había puesto á sus inmediatas órdenes. Esta medida y la de salir de Altamira con su vecindario y toda la división, á las cuatro de la tarde, la tomé considerando que la fuerza que traía el enemigo, según informes, era superior á la con que yo me hallaba. . . . En este momento recibo el superior oficio de V. E. de 12 del actual, por extraordinario, previniéndome que de la misma manera dé parte la superioridad de las noticias que tenga de los enemigos, de mis operaciones ó combinaciones y demás que considere